

Es la economía, ¡estúpido!

HERNANDO GÓMEZ BUENDÍA



LA FRASE SE HIZO CÉLEBRE CUANDO el asesor de Bill Clinton descubrió que los gringos iban a votar con el bolsillo, y no contra la Unión Soviética como lo habían hecho durante muchos años.

Pues en Colombia los políticos siguen empeñados en polarizarnos alrededor de la implementación del Acuerdo de La Habana, o la cadena perpetua para violadores, o la JEP, o la “ideología de género”, o el fantasma del castrochavismo. Pero el problema ya no son las pasiones que sostuvieron al uribismo y originaron la pelea con Santos y la elección del presidente Duque: el problema es de qué vamos a vivir.

Las cuentas son muy sencillas: entre 2006 y 2014 vivimos por cuenta de China, es decir, de la bonanza petrolera y minera que multiplicó por 2,4 el flujo anual de divisas. De eso también vivió el Estado colombiano cuando, además, su participación en el producto nacional pasó del 15% al 22%. Esta fue la platita que Uribe se gastó en la guerra con las Farc y en su programa de Familias en Acción. Santos tuvo otros cuatro años (2010-2014) para aumentar los subsidios a los pobres, repartir mermelada e iniciar las hoy interrumpidas carreteras 4G.

Pero la bonanza petrolera se acabó en 2014, y ya llevamos cinco años viviendo de maromas. Una maroma fiscal consistente en las siete reformas tributarias que hizo Santos, más la que Duque hizo el año pasado. Una maroma financiera consistente en disparar la deuda externa o el déficit en cuenta corriente, hasta el 3,8% del PIB en 2018 y hasta el 4,6% en este año.

El ministro de Hacienda hace o anuncia otras maniobras, como maquillar la contabilidad, privatizar **Ecopetrol** o “focalizar” (reducir) los subsidios vía Sisbén, además, por supuesto, de las eternas promesas de “austeridad” y control de la evasión. Lo cierto es que ya le suavizaron la regla fiscal (o sea que no era “regla”) y que vendrán nuevos ajustes, como la reforma pensional que consiste en que usted aporte más y termine jubilándose con menos.

Esas maromas pueden darnos respiración artificial, pero el problema es más hondo: nos quedamos sin motores. Y en lugar de buscar alternativas, los gobiernos agravaron el problema: Uribe y Santos dijeron que “sembrarían” la bonanza energético-minera, pero la plata no se invirtió en activos productivos. Dejaron que la abundancia de divisas abaratara las importaciones y les quitara el mercado a los productos nacionales. Duque vino después a decirnos que la rebaja de impuestos a las empresas crearía más empleos: pues las empresas están disminuyendo los empleos.

La economía colombiana se encuentra al final de una bonanza temporal y muy mal manejada: por eso es tan sensible a las señales de una recesión internacional. Junto con Argentina, Brasil y Sudáfrica, esta misma semana tuvimos el privilegio de las monedas más devaluadas. El déficit fiscal y el externo son los dos síntomas que asustan a los inversionistas, pero debajo está la realidad de que ningún sector puede jalar el crecimiento. Como no sean los dichosos aguacates.

Y fuera de la etérea economía naranja, ningún político tiene ninguna idea de cómo sacarnos del atolladero. Siguen hablando de lo que no toca.

Por eso todos temen, pero nadie sabe para dónde vamos.

* Director de la revista digital Razón Pública.

silencio en *El País*, el diario de los momios, en radio y televisión locales.

Cuando las noticias no le gustan, el Centro Democrático acusa al medio que se atreve de estar comprado o de representar intereses ilícitos. Han llegado incluso a denigrar del *New York Times* o *The Economist*, sindicándolos de estar untados de la mermelada castrochavista, mentira que tantos réditos electorales y mediáticos les ha traído aquí.

En el Ministerio de Defensa se adelanta una persecución sin descanso para identificar y castigar a los militares que prendieron las alarmas sobre el posible regreso de los “falsos positivos”, olvidando que esos “soplones” son el único camino de acceder a la verdad que mantienen prisionera en las guarniciones militares.

Todos estos hechos hacen parte de una política sistemática de rechazo y hostigamiento a la prensa libre, y no sorprenden en un Gobierno que poco o nada responde a los medios. Son escasas las apariciones del presidente, o sus ministros, ante los periodistas y cuando lo hacen se aseguran de que sean “entrevistas amables”; publi-reportajes donde nadie cuestione con seriedad los conflictos de interés, las decisiones abusivas y tantos otros gatos encerrados.

El complot narcoparamilitar que asesinó a Garzón vio en él un peligro enorme para sus propósitos oscuros. No fue el primero que pagó con su vida denunciar al poder a través de la burla, y tampoco será el último. Por eso preocupa este gobierno del subpresidente Duque, tramposo y perseguidor, que en la palabra ve una amenaza,

en la risa un enemigo, en la discusión pública una afrenta. No nos digamos mentiras, hoy este no es un paraíso para la libertad de prensa, lo contrario, sigue siendo territorio peligroso para ejercerla.

Que la muerte de Jaime Garzón no sean banderas incoloras —ahora llamados *hashtags*— sino la oportunidad para reflexionar cómo vamos. Cuántos Garzones más tendrán que sacrificarse para que se entienda que el aniquilamiento de la prensa y la palabra es una honda grieta de nuestra frágil democracia. Por eso mataron a Garzón y lo harán con quienes se atreven de nuevo.

Adenda. Oportuno, serio y ameno *Disparos a la paz*, el libro de los exministros Juan Fernando Cristo y Guillermo Rivera.

notasdebuhardilla@hotmail.com

Rasgos y Rasguños

Por Osuna



Obras primordiales

James, lejos de sus pretendientes

ARMANDO MONTENEGRO



JAMES RODRÍGUEZ, EL NIÑO PRODIGIO del fútbol, la alegría y la esperanza de los colombianos, no pudo aceptar a ninguno de sus pretendientes y, condenado a una fría banca madrileña, verá cómo se le escapan los mejores años de su vida profesional.

Después de su participación en el Mundial de Brasil y su espectacular debut en el Real Madrid, su triste situación actual se puede ver como una versión greco-quimbaya o greco-quillacinga del ascenso y la muerte de Ícaro, el personaje que pudo y quiso volar muy alto, pero terminó cayendo al mar. Una trayectoria a la que infortunadamente se ajustan las historias de otros deportistas colombianos, grandes promesas que brillaron breve e intensamente, que pudieron ascender a los cielos, pero que pronto desaparecieron de la escena: Camilo Villegas, Juan Pablo Montoya y, en cierta forma, el talentoso Faustino Asprilla.

Quienes consideran que quizás James no ha sabido adaptarse al entorno, entender el contexto en el que se mueve y tomar las decisiones correctas, podrían pensar, tal vez en

tono de telenovela, que su caso recuerda el de algunas bellas de antaño, quienes, asediadas por pretendientes numerosos, al final, contra todo pronóstico, se quedaban solteras o, si llegaban al matrimonio, lo hacían en forma tardía y con alguna de las peores opciones, claro, según los estrechos cánones de entonces. Este desenlace se producía porque, de acuerdo con las normas y costumbres de la época, sus padres, o ellas mismas, evitaban el compromiso, coquetaban aquí y allá, dilataban las decisiones, siempre a la espera de cada vez mejores propuestas y, de esta forma, hacían que el tiempo pasara hasta cuando su belleza o la paciencia de los mejores pretendientes se extinguía (este era uno de los fundamentos del proverbio que decía que “la suerte de la fea, la bonita la desea”). Alguien dirá que esto es lo que explica que Juan Guillermo Cuadrado, un buen futbolista, pero menos estelar, genial y mediático que Ja-

“Al retenerlo y dejarlo en la banca, sin jugar, su equipo lo confina en una especie de mazmorra donde, con el tiempo, se agotarán sus enormes talentos”.

mes, también menos exigente y más conforme, haya tomado sus oportunidades y podido hacer una carrera estable como titular del Juventus, algo que no ha logrado nuestro héroe de Cúcuta.

Desde un punto de vista completamente diferente, salió a terciar en este debate el propio expresidente de la República Humberto de la Calle. Al igual que los caballeros andantes, en trance de combatir las injusticias de este mundo, enfiló sus lanzas contra la figura que obstinadamente le cierra los caminos a James e impide que los pretendientes italianos y españoles, a estas alturas clubes de menor categoría, accedan a sus favores y talentos. El villano, por supuesto, es Zinedine Zidane, el entrenador del Real Madrid, malqueriente reconocido de nuestro futbolista. Al retenerlo y dejarlo en la banca, sin jugar, su equipo, ahora dueño de su destino, lo confina en una especie de mazmorra donde, con el tiempo, se agotarán sus enormes talentos y sus posibilidades de triunfar en los mejores torneos (esto es, después de todo, lo que pasaba en tantas historias de caballería y lo que hacían las brujas y madrastras con las princesas cuya vida se arruinaba por la maldad, la envidia y el odio). La pregunta es si, de alguna manera, la carrera de James tendrá, como en esas historias y en tantos cuentos infantiles, pero solo en pocos casos en la vida real de los adultos, un feliz final.